

TERROR A ÚLTIMA HORA

Y por fin sonó la ansiada sirena.

Guardé el cuaderno de física y química y el estuche en la mochila y salí corriendo escaleras abajo para empezar a disfrutar del fin de semana, que para mí empieza los viernes a las 14 horas, 46 minutos y 17 segundos, justo el momento en el que pongo los pies fuera del recinto del instituto.

Al bajar encontré cientos de estudiantes gritando enfadados delante de la puerta. No entendía que pasaba, soy un poco despistado, igual estaban de huelga reivindicando algo. Durante un segundo me planteé preguntarles y unirme a ellos, pero eran más fuertes mis ganas de sentirme libre que mi curiosidad, así que decidí esquivarlos y seguir con mi plan inicial.

Entre tanto bullicio me costó llegar a la puerta, pero... la puerta no estaba. Miré hacia los lados por si me había equivocado, que a veces me pasa. En lugar de la puerta metálica me encontré con un muro negro que parecía de hormigón cubriendo toda la fachada. Me pareció muy extraño, los muros no crecen de la nada, pero seguro que había una explicación lógica: mi clase está en la primera planta casi al final del pasillo y desde allí probablemente no habría escuchado a los albañiles trabajando.

Me acerqué a la ventanilla de conserjería para preguntar. Estaba vacía, pero vacía del todo, no solo no estaban las conserjes sino que tampoco estaba el ordenador, la mesa, la planta... Decidí preguntar en secretaría o dirección, aunque imaginé que con el griterío que se había formado ya estarían por allí. Me costó muchísimo abrirme paso

entre el gentío pero conseguí llegar hasta el pasillo de secretaría, o eso creía: no se podía acceder, estaba tapiado con el mismo material negro del muro de la fachada.

Me empecé a sentir mareado entre los gritos cada vez más elevados y el poco espacio que tenía. Nunca me han gustado las masificaciones, y allí había cada vez más gente enfadada gritando, empujando... Necesitaba alejarme y tomar aire fresco, necesitaba respirar. Conseguí llegar a la puerta del recreo y contemplé aliviado que estaba abierta. Me encontré mucho mejor al sentir la brisa.

Desde allí vi una silueta en el otro extremo del patio, junto al gimnasio, que parecía la del director. Fui corriendo hacia él, pero al bajar los cinco escalones del porche divisé asustado un gran precipicio que me separaba de aquella figura que parecía cada vez más lejana. El abismo estaba avanzando hacia mí a gran velocidad. Corrí nuevamente hacia el interior del edificio y al llegar a la puerta el gran precipicio frenó en seco su avance. Nunca antes había pasado tanto miedo, solo unos metros me separaban del abismo.

En el interior del instituto el aire estaba más denso y reinaba el silencio. Me extrañó no ver a nadie. Supuse que entre los profesores habían podido controlarlos y llevarlos a sus clases.

Fui al aula más próxima. La puerta estaba cerrada y se escuchaba una voz. Al abrirla encontré a la profesora de biología mirando al infinito y repitiendo en bucle la misma frase: “Las células se dividen en dos grandes grupos: las células eucariotas y las procariontas”. Al entrar, no vi a ningún alumno. Llamé a la profesora pero no me

respondió. Contemplé horrorizado que hiciese lo que hiciese la profesora seguía mirando al mismo sitio y repitiendo la misma frase. Anduve hacia la puerta sin poder apartar la mirada de la profesora y me dirigí a la clase adyacente. La situación se repetía con el profesor de matemáticas diciendo: “Para sumar fracciones hay que hacer el mínimo común múltiplo de sus denominadores”.

Me fui corriendo y gritando de ese pasillo de aulas. Entre lágrimas y desesperación pensé que igual podría pedir ayuda a través de una ventana. Estaba frente a un aula con ventanas orientadas al exterior. Me temblaba todo el cuerpo. Con las manos sudorosas me armé de valor y abrí la puerta: el aula estaba vacía y las ventanas tapiadas.

Abatido me dirigí a la primera planta pero poco antes de llegar vi que el techo había bajado hasta dejar tan solo unos 50 centímetros entre éste y el suelo. La distancia se estaba empequeñeciendo. Atemorizado por lo que me esperaba en las próximas horas, o tal vez minutos, bajé nuevamente las escaleras y cogí una silla del aula más próxima para intentar romper desesperadamente la puerta tapiada. Fue inútil. Entristecido y desolado, me senté en el suelo paralizado por el terror sin atreverme a mirar al techo.

Un tiempo después, noté que el techo me empezaba a tocar la cabeza. Intenté frenar su avance colocando a mi alrededor sillas, mesas y todo lo que pude coger estando agachado, pues el techo ya no me permitía levantarme, pero pusiese lo que pusiese terminaba aplastado.

Antes de que me diese cuenta estaba tumbado e inmovilizado por el techo. Me sentía aterrorizado y me dolía todo el cuerpo. Pensando que esos eran mis últimos momentos cerré los ojos y entonces... dejó de dolerme todo: me encontraba en clase recogiendo el cuaderno y el libro de física y química. Me percaté de que no controlaba mi cuerpo. Bajé las escaleras y me encontré un gran grupo de gente enfadada pero conseguí sortearlo, al llegar a la puerta, la encontré tapiada con un material duro y negro.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la historia se estaba repitiendo ante mis ojos y no podía hacer nada para poder evitarlo.